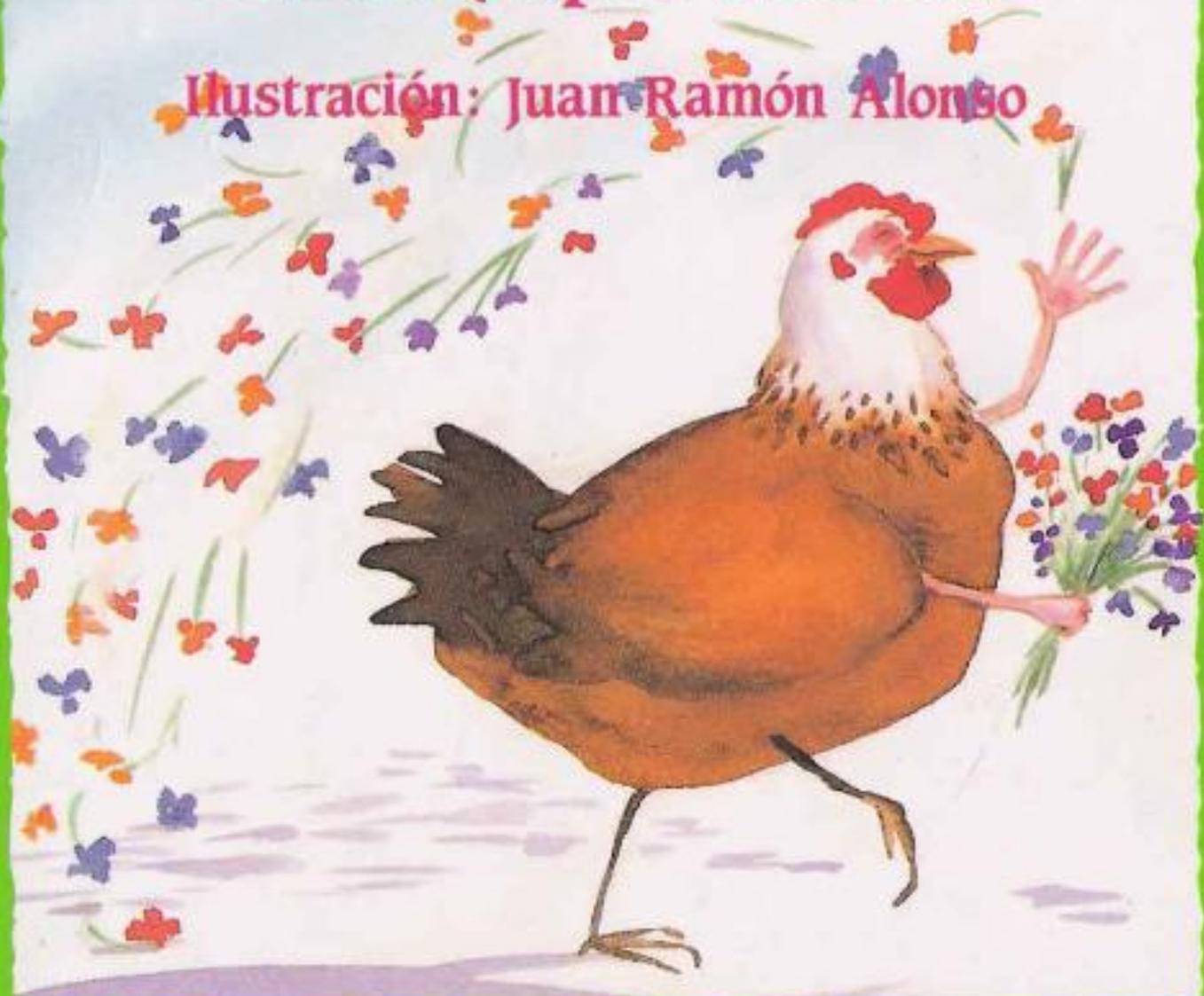


JBA

MEMORIAS DE UNA GALLINA

Concha López Narváez

Ilustración: Juan Ramón Alonso



ANAYA

INFANTIL



EL DUENDE VERDE

Concha López Narváez

MEMORIAS
DE
UNA GALLINA



© Del texto: Concha López Narváez, 1989
© De las ilustraciones: Juan Ramón Alonso, 1989
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 1989
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª ed., noviembre 1989
27.ª impr., enero 2010

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-207-3531-3
Depósito legal: S. 65/2010

Impreso en Gráficas Varona
Polígono El Montalvo, parcela 49
Salamanca
Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

23943

QUERIDO LECTOR

Mucha gente piensa que las gallinas son todas iguales, iguales y tontas. Pero no es así, las hay listas y torpes. Y también las hay malhumoradas, que gritan con voz de enfado por cualquier cosa; sin embargo otras sólo abren el pico cuando están contentas, porque han puesto un huevo, aunque sea pequeño, o porque, después de llover, el sol sale de nuevo y huele a tierra mojada y a hierba limpia y fresca.

Hay gallinas ambiciosas y glotonas que se comen los mejores granos de maíz, y claro, luego siempre ponen los huevos más grandes. Son ésas que suelen tener las crestas empinadas y muy rojas y las plumas muy brillantes, y también suelen empujar a las demás, e incluso a algunas les pican en el cuello.

Y hay gallinas tristes y asustadas. Son ésas a las que las otras, las glotonas y ambiciosas, siempre les pican.

No, las gallinas no son todas iguales, como tampoco lo son las personas. Y en los gallineros ocurren cosas parecidas a las que

ocurren en el mundo de los hombres y las mujeres. Porque también en nuestro mundo hay gente malhumorada, gente ambiciosa y presumida y gente asustada. Pero también hay gente amable y generosa, que se alegra cuando los demás se alegran, o cuando, después de haber llovido, el sol asoma su cara dorada y sonriente.

Sí, amigo lector, a estas alturas seguro que ya sabes que me gustan las gallinas, como me gusta mirar lo que ocurre en los gallineros. La gallina de esta historia estaba dentro de mi imaginación, como está el pollo dentro del huevo, acurrucado y dormido. Y un día ¡crac!, picó el cascarón, y ¡aquí la tenemos!

Mírala, es alegre, curiosa e impaciente. Ha nacido contenta, quiere hacer muchas cosas y tener amigos. Y siempre va con los ojos bien abiertos para no perderse nada de lo bueno que hay en el mundo. Cuidala, que es pequeña y quiere divertirse. Espero que tú también te diviertas con ella.

Contigo la dejo.

Hasta siempre.

Linda López Garrás

A mi amigo perro,
Jerry

I N D I C E

1. Mi nacimiento	8
2. El patio.....	16
3. Crecer	24
4. Lecciones	31
5. Al día siguiente.....	36
6. Pobre Pico-Fino	43
7. En el gallinero	51
8. Una casa blanca	59
9. El Marqués.....	67
10. Mentiras	74
11. El castigo del Marqués.....	81
12. El final de la historia	87

1 MI NACIMIENTO

ANTES de nacer yo estaba formándome, muy poquito a poco, metida en un huevo.

Muy poquito a poco se hicieron mis patas, mis ojos, mi pico y todo mi cuerpo.

Pero de aquel tiempo no recuerdo nada. Mi madre me lo explicó luego. También me explicó que mientras me hacía, yo estaba dormida. Ella se sentaba encima del huevo. Con mucho cuidado para no romperlo. Así me abrigaba.

Un día desperté. Tenía calor y estaba encogida. Me dolían las patas y quería estirarlas, pero no había sitio. Alcé la cabeza, y me hice un chichote con el cascarón. ¡Qué incómoda estaba!

Busqué una salida. No encontré ventanas ni tampoco puertas. Me puse nerviosa.



Grité que me abrieran, y nadie me oyó, me moví hacia un lado, me moví hacia otro, no sabía qué hacer. Pero tuve suerte, porque descubrí que tenía pico. Era fuerte y duro. Me podía servir para abrir boquetes.

Pica que te pica, abrí uno pequeño, y se metió el aire dentro de mi huevo. Se me fue el calor, y seguí picando mucho más tranquila.

Se agrandó el boquete. Saqué la cabeza, y vi que unas plumas, suaves y negras, rozaban mi cara. Eran de mi madre. Y vi sus dos alas, que estaban tapándome.

Y vi que a mi lado había otros nueve huevos. Estaban cerrados. Debajo de ellos tenían un colchón de pajas.

Quería salir pronto, y seguí picando.

Hice un gran esfuerzo, y de pronto ¡crac!: se había roto el huevo y yo había nacido. ¡Qué emoción sentí!

Comencé enseguida a andar por el mundo: salté entre los huevos. Pisé sobre pajas. Revolví las plumas suaves y negras que eran de mi madre.

Terminé muy pronto. No me gustó mucho. El mundo era chico y estaba cerrado. Había dos puertas con la llave echada: eran las dos alas con las que mi madre me tenía tapada. Y otra vez me puse nerviosa, porque me aburría.

Y entonces mi madre ahuecó las alas. El mundo se abrió, y yo salí fuera.

Mi madre era guapa. Me estaba mirando con cara contenta y ojos de cariño.

Me acercó a su pecho. A mí me gustaba estar junto a ella. Pero soy inquieta por naturaleza y me cansé pronto:

—¿Por qué no nos vamos? —pregunté.

—Tengo que cuidarlos —dijo, y señaló los huevos que tenía debajo.

—¿Por qué?

—Porque dentro están todos tus hermanos.

—Y ¿qué es un hermano?

—Un hermano es alguien que te quiere mucho. Y vive en tu casa, te lo presta todo, y juega contigo.

Parecía estupendo tener nueve hermanos.

—Y ¿por qué no nacen? —pregunté impaciente.

—Porque están dormidos.

—Pues los despertamos. Les voy a ayudar a romper los huevos.

Mi madre movió su cabeza diciendo que no y luego añadió:

—Hay cosas que las debe hacer cada uno solo. Siéntate y espera.

Me senté a esperar. ¡Uf! Cómo tardaban.

De pronto vi asomar un pico en un cascarón. Di un salto de gozo: ¡mi primer hermano estaba naciendo!

Miré atentamente.

Con mucho trabajo fue abriendo un boquete. Quería ayudarle, pero recordé que hay cosas que las debe hacer uno por sí mismo.

Por fin sacó la cabeza. Parecía asustado.

—¡Ánimo! —le dije.

Mi hermano hizo un gran esfuerzo. El huevo crujió. Se abrió por la mitad. Y, ¡allí



estaba él!, nacido y contento. Y lo consiguió trabajando solo.

Mi madre le miró con ojos alegres y luego lo acercó a su pecho.

Así, más o menos, nacieron mis otros hermanos. Todos con esfuerzo, todos por sí mismos.

—¿Por qué no nos vamos? —pregunté otra vez.

Mi madre me señaló un huevo que estaba cerrado.

—Y ¿a ése qué le pasa? —le dije.

Mi madre encogió la cresta y dijo que no lo sabía.

—Quizás se haya muerto —murmuró con voz preocupada.

—Y ¿qué es estar muerto?

—Es estar dormido. Pero para siempre.

Nos miramos todos con ojos de asombro asustado. ¡Sería aburridísimo dormir para siempre!

Mi madre esperó algún tiempo. Después acarició el huevo, y se levantó.

—Andad, hijos míos, vamos a jugar —dijo con voz triste.

Me dio mucha pena de aquel huevo solo. Por eso le piqué la cáscara. Para que mi

hermano, si iba a dormir siempre, tuviese aire fresco.

Y entonces lo oí. Piaba bajito, como despertándose.

Mamá se volvió, puso ojos alegres y se sonrió.

Nosotros gritamos: —¡dormilón! despierta.

Salió con cara de sueño, y dijo:

—¿Qué ocurre?

¡Cómo nos reímos!

—Hijos, vámonos al patio —nos gritó mi madre.

Su voz sonaba contenta.

2 EL PATIO

¡QUÉ grande era el patio! En él cabía todo: cinco árboles altos con frutas colgadas. Diez árboles bajos cubiertos de flores. Una fuente alegre, que siempre cantaba con voces de agua. Dos bancos sentados encima del suelo. Mil piedras chiquitas. Un millón molido de polvo de tierra. Y un millón y pico de hierbas pequeñas, vestidas de verde.

Además, un perro con el rabo largo, un bando de pájaros, dos gatos gemelos, y muchos bichitos, siempre con movimiento: Lagartijas rápidas, caracoles lentos, mariposas con capas de seda, mariquitas con trajes de color naranja y lunares negros, saltamontes de patas larguísimas, y un escarabajo con cara de enfado, que no te-



nía amigos. Y también un montón de hormigas que andaban en fila, sin entretenerse; y un montón de moscas que volaban sueltas y daban la lata.

Ya se me olvidaba: rodeando el patio, había una pared pintada de blanco. Se llamaba valla. Servía para que no entrara nadie a molestarnos.

¡Me gustaba el patio!

—Hijos, a jugar —nos dijo mi madre.

Nosotros saltamos, por estar alegres. Hicimos carreras de no ganar nada. Picamos la hierba sin hacerle daño. Levantamos polvo para formar nubes. Y nos peleamos, pero en un momento hicimos las paces.

Cuando el sol se fue, volvimos a casa. Nuestra casa era una cesta grande forrada de paja.

Mamá se echó dentro. Nos abrió las alas, y todos buscamos un sitio debajo. Después nos besó las plumas, dijo "hasta mañana" y cerró los ojos.

Así acabó el día. Fue mi primer día, a mí me gustó. Me dormí contenta.

La noche pasó muy deprisa. Cuando el sol se asomó otra vez al cielo, mi madre nos peinó las plumas, nos limpió los picos, y dijo:

—Nos vamos al patio.

En el patio, el perro del rabo muy largo alzaba la pata al lado de un árbol.

—¿Por qué estás con la pata en alto mojando ese árbol? —le dije.

—Es que hago mi pis de cada mañana.

Yo también quería hacer pis de agua y regar un árbol. Levanté la pata y no mojé nada.

El perro del rabo muy largo me dijo:

—Es que eres un pollo. Para mojar árboles hay que ser un perro.

—Es que soy un pollo porque soy pequeño. Cuando sea mayor, yo voy a ser perro.

—No puedes.

—¿No puedo?

—No puedes. Pero no estés triste. Mira si tú quieres, te enseño otra cosa.

Como sí quería, se agachó un poquito debajo del árbol.

—Y ¿qué haces ahora? —le dije.

—Pues hago mi caca de cada mañana.

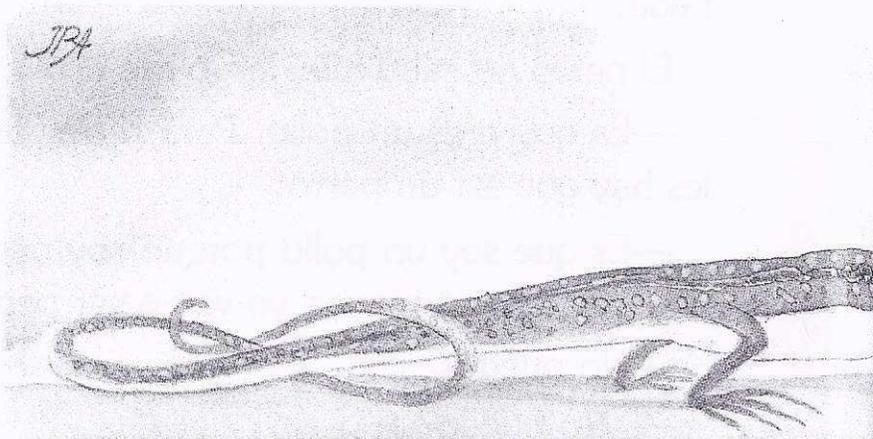
Me agaché a su lado. También yo podía. Cuando terminamos me sentí orgullosa.

El perro del rabo muy largo sacó polvo de la tierra y tapó su caca.

—Así queda limpio —me dijo.

Yo también saqué polvo de la tierra y tapé la mía.

En ese momento vi una lagartija. Se subía a la valla y corría hacia arriba. Quise



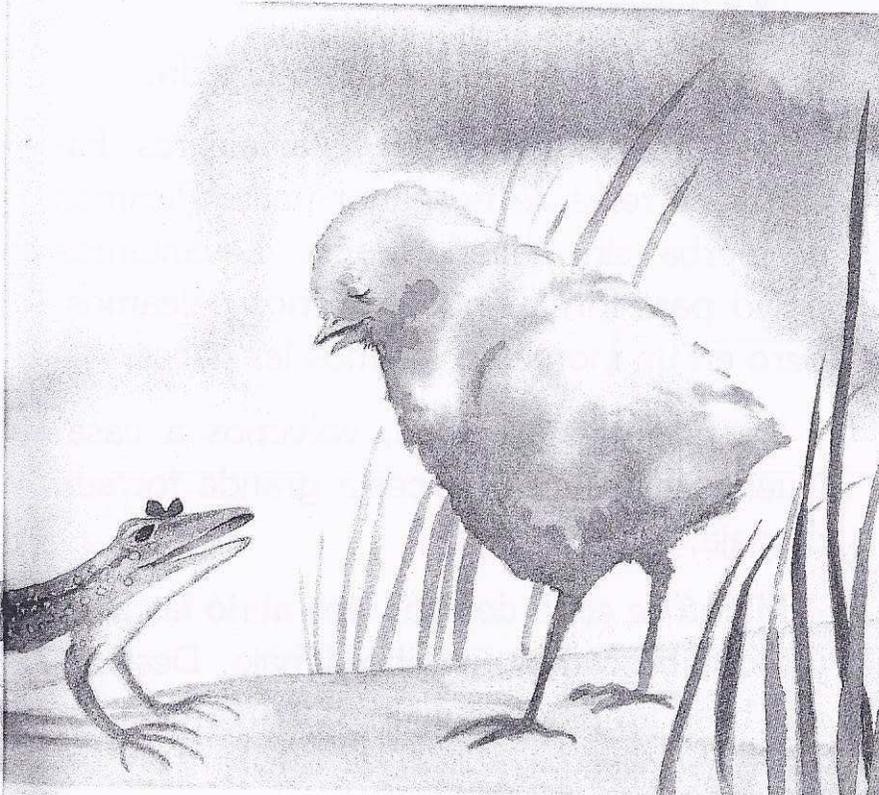
hacer lo mismo. Me caí de espaldas y todas las plumas se me despeinaron. Ella me miró y no me hizo burla, solamente dijo:

—Es que tú eres pollo, y yo lagartija. Por eso subo a las paredes.

—Es que yo soy pollo porque soy pequeño. Cuando sea mayor, seré lagartija.

—No puedes.

—¿No puedo?



—No puedes. Pero no estés triste. Mira, si tú quieres, te enseño otra cosa.

Me enseñó a sentarme al sol, y a poner los ojos en forma de raya. Cuando se hace eso, se ven flotar en el aire luces de colores.

Pero entonces vi una mariposa. Se subió a una flor, y se quedó quieta.

Quise hacer lo mismo, y fui de cabeza dentro de un rosal cuajado de espinas. Ella acudió en mi ayuda, y no me hizo burla:

—Es que eres un pollo. Yo soy mariposa. Por eso me subo a las flores.

—Es que soy un pollo porque soy pequeño. Cuando sea mayor, seré mariposa.

—No puedes.

—¿No puedo?

—No puedes. Pero no estés triste. Mira, si tú quieres, te enseño otra cosa.

Me enseñó a volar: me encaramé a un banco, agité las alas y me lancé al aire. Volé poco tiempo. Pero llegué al suelo sin hacerme daño.

Para celebrarlo, el amigo perro me llevó a caballo.

Entonces vi al pájaro. Volaba muy alto. Yo quería ser pájaro. Pero amigo perro me dijo que cuando creciera, no podría ser pájaro.

—Entonces, ¿qué puedo ser yo cuando llegue a grande?

—Puedes ser gallina —me dijo.

Cuando fuera grande, podía ser gallina. Igual que mi madre.

¡Qué suerte tenía!

3 CRECER

PPASARON los días y fuimos creciendo.

Al principio me gustó crecer: podía correr más, marcharme más lejos y volar más alto.

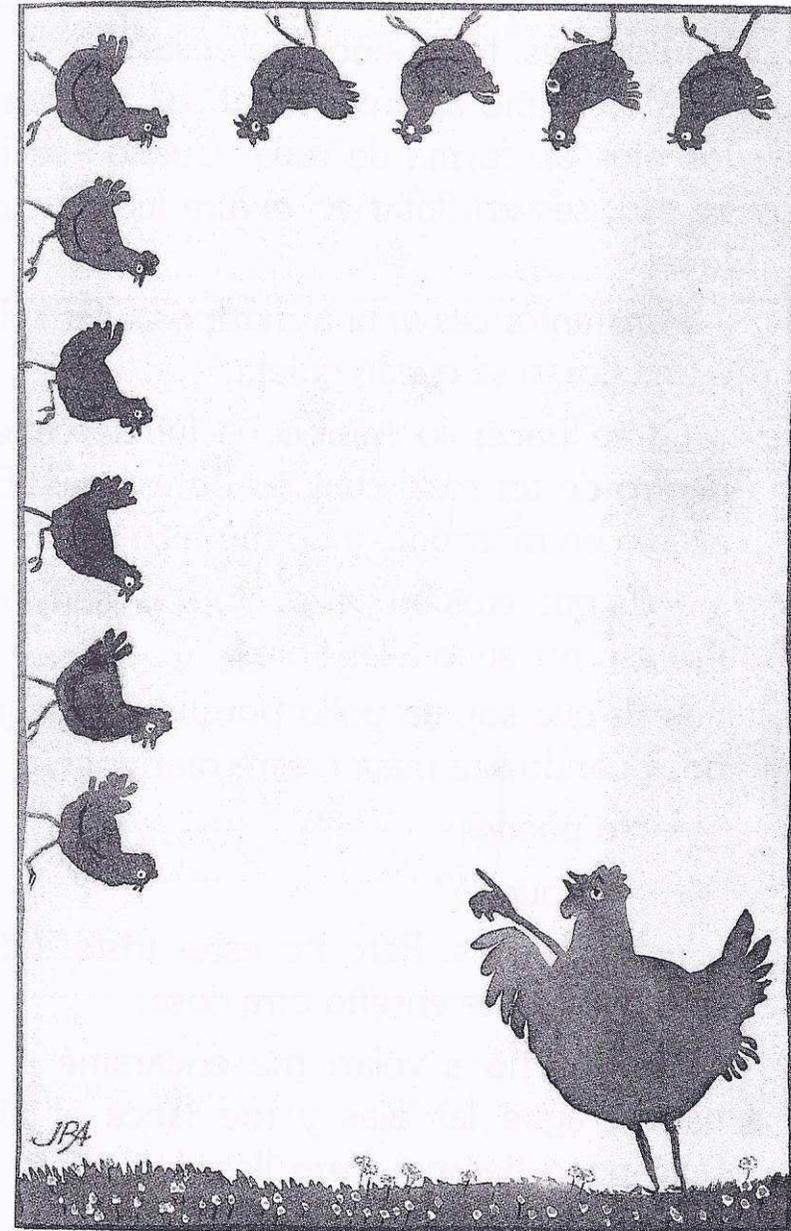
Pero un día mi madre nos miró con ojos extraños:

—Hijos, venid todos, que tengo que hablaros —nos dijo.

¿Qué habríamos hecho? ¿Íría a castigar-nos? Pero no era eso:

—Antes erais pequeños. No teníais tareas ni preocupaciones. Ahora habéis crecido. Cuando un pollo crece, tiene que aprender y estar preparado.

—¿Para qué tenemos que estar preparados?



—Para ser gallinas o para ser gallos. Los pollos pequeños son todós iguales. Con colitas cortas y plumas suaves. Pero de mayores se vuelven distintos. Y unos son gallinas y otros son gallos.

Pusimos cara de sorpresa. Nos parecía raro volvernós distintos al llegar a grandes.

Sabíamos ya qué era ser gallina, pero no sabíamos qué era ser gallo. Hicimos preguntas para comprenderlo:

—¿Cómo son los gallos?

—Los gallos son machos. Las gallinas, hembras. Los gallos son grandes, de cabeza alta y cresta empinada. Tienen cola larga, que primero sube y luego se baja. La cola de un gallo parece una fuente. También, en las patas, llevan espolones.

—¿Qué son espolones?

—Son como cuchillos.

—Y ¿para qué sirven?

—Para pelear.

—Pero si a los pollos sus madres les riñen cuando se pelean.

—Es que es diferente. Los gallos son grandes.

¿Si alguien era grande podía pelear?
¡Qué cosa tan rara!

Nuestra madre siguió con su charla:

—A partir de ahora tendremos lecciones, y hay que comer mucho. Porque de mayores tenéis que ser todos fuertes y elegantes.

—¿Por qué hay que ser fuerte y elegante cuando se es mayor?

—Porque si lo eres, nadie te discute, todos te saludan, y te dejan paso para que te comas los mejores granos de trigo o maíz.

—Y ¿si no lo eres?

—Nadie te saluda ni te deja sitio para comer granos. Y si eres gallina, se ríen de ti, te gritan por todo e incluso te pican. Pero, si eres gallo, es mucho peor.

—¿Qué le pasa a un gallo?

—Si un gallo no es fuerte, ni tiene la cresta empinada y roja, ni la cola larga, no sirve de jefe en el gallinero. Entonces

—¿Entonces qué ocurre?



—Entonces llega la mujer granjera. Lo lleva a su casa, lo echa en la cazuela, después se lo guisa, luego se lo come.

Nos miramos todos con cara de espanto.

—Me tiemblan las plumas de pensar que uno de vosotros vaya a convertirse en un gallo débil, con la cresta pálida y la cola corta. Añadió mi madre.



Cuando terminó, todos los hermanos hicimos la misma pregunta:

—¿Soy gallo o gallina?

—Aún no estoy segura. Lo sabré muy pronto. Lo que importa ahora es que comáis mucho.

Y luego me miró a mí sola:

—Se acabó hoy mismo esa tontería de querer volar.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque es perder tiempo.

—Entonces, las alas ¿para qué me sirven?

—Pues si eres un gallo para levantarlas con mucho ruido. Así verán todos la fuerza que tienes. Y si eres gallina, para tapar hijos.

—Me gustan mis alas. No quiero que sirvan sólo para eso. Y me siento alegre cada vez que vuelo.

—¿Es que tú te crees que la vida sirve para estar alegre?

Le dije que sí, y ella se enfadó. Yo no sé por qué.

—Escúchame bien, pollo atolondrado. La vida es muy dura, y la gente grande tiene que ser seria —me dijo.

—A mí me parece que si hay que estar todo el tiempo serio, y la vida es dura, no me va a gustar eso de ser grande —le dije.

4 LECCIONES

MI madre comenzó enseguida a darnos reglas y lecciones para ser fuertes y elegantes:

—*La primera regla es, siempre, comer. Lo más importante es llegar muy rápido al cesto del grano, tragar muy deprisa y empujar al que esté más cerca.*

—A mí no me gusta empujar a nadie ni comer deprisa —le dije.

—Es que si no empujas, te empujan a ti.

—Entonces espero a que acaben todos, y como tranquila.

—Vaya una bobada. Si esperas a que acaben todos, no pruebas un grano. Pero, calla ya, que siguen las reglas:

—*La regla segunda es andar derechos,*

con cabeza alta y alas ahuecadas. Porque así anda siempre la gente importante.

—La tercera regla es llevar las plumas limpias y brillantes, y la cresta empinada y roja. Porque así las tienen la gente elegante.



—Y la cuarta regla nunca hay que olvidarla. Es estar atentos y mirar siempre a todas partes con los ojos fijos. Porque así, si alguien os quiere picar, le picaréis antes.

¿Habéis comprendido?

Yo había comprendido y no me gustaba: Si debía empujar, comer muy deprisa, andar siempre tiesa, y además mirar con los ojos fijos; no quería ser grande.

Los días que siguieron fueron muy cansados. Tuvimos más reglas y dimos lecciones a todas las horas.

Lecciones de caminar bien:

Mi madre decía: —Las cabezas altas, los cuellos derechos, y las alas algo separadas. Respirad profundo. Ahora marchad: uno, dos y tres... Despacio y con orden. Moveos con mucha elegancia. Elegantes, sed siempre elegantes.

Me sentía ridícula.

Lecciones de tener las plumas limpias y brillantes:

Mi madre decía: —Extended las alas. Sacudidlas fuerte. Así se va el polvo. Ahora poned las plumas de punta y picotead entre unas y otras. Así no tendréis bichitos molestos. A ver otra vez: extended las alas, sacudidlas fuerte. ¡Deprisa, deprisa!

Parecíamos locos.

Y luego venían las carreras de llegar primero sin ningún motivo.

No lo soportaba.

—Y ¿cuándo jugamos? Yo quiero volar, y tengo un amigo, que se llama perro, que me está esperando —protesté aburrida.

—¡Cállate y aprende! —me dijo mi madre.

Pero lo peor era la comida. Comer y comer. Todo el día comiendo. Ya me dolía el pico.

¡Ay, señor, qué días!: Lecciones, no jugar con nadie ni poder volar, y siempre con el pico abierto. Además, mi madre se enfadaba por cualquier pamplina, y a cada minuto repetía lo mismo: "¡Tenéis que crecer y ser elegantes!"

Yo estaba cansada.

"Mañana no crezco" —decidí una tarde en la que mi madre me picó tres veces.

Pero al día siguiente ocurrió algo emocionante: supimos, por fin, quiénes eran gallos y quiénes gallinas, y además tuvimos cada uno un nombre.

5

AL DÍA SIGUIENTE

SALIMOS al patio. Mi madre comenzó a contarnos, para ver si estábamos todos. Dijo:

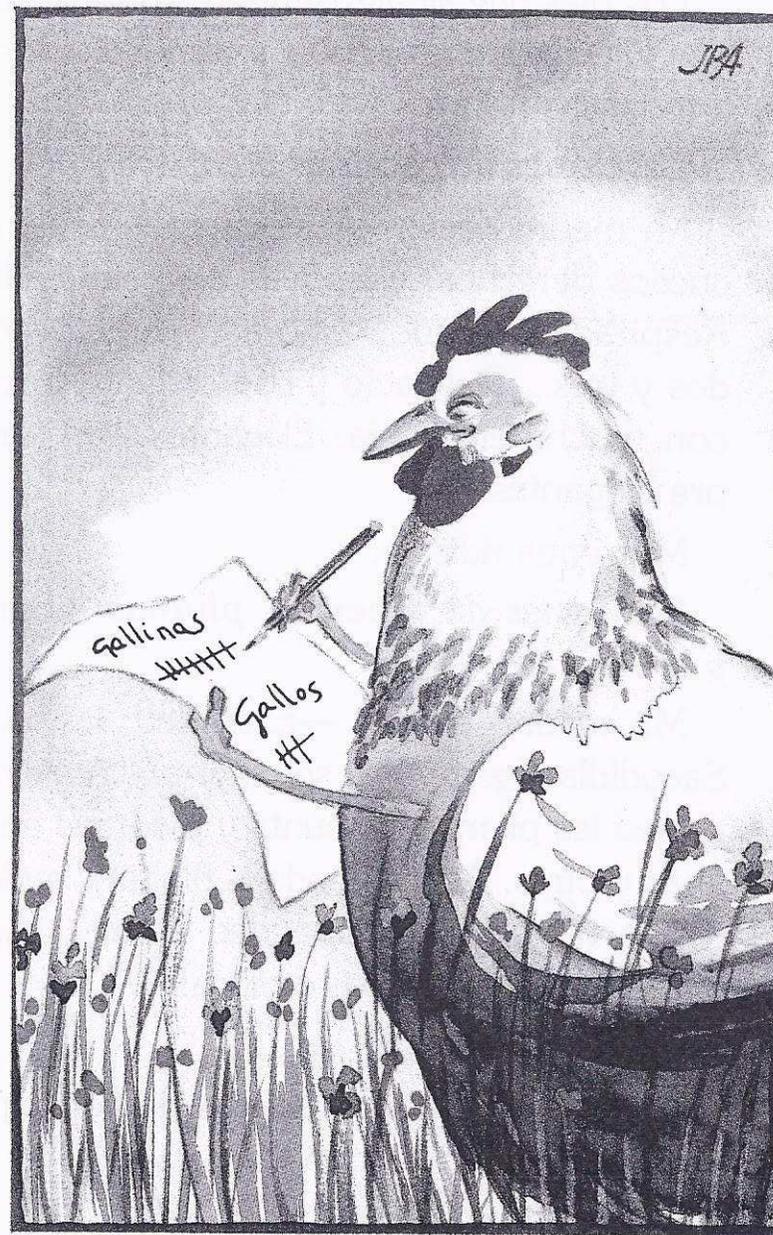
—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, uno, dos y tres.

Nos reímos juntos:

—Te has equivocado. Así no se cuenta. Se dice, ocho, nueve y diez.

—No me he equivocado. Ahora sois distintos. Vosotras, gallinas: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete. Y vosotros, gallos: uno, dos y tres. Las gallinas tenéis las crestas todavía pequeñas y las colas cortas. Los gallos las tenéis grandes y empinadas y las colas largas.

Nos miramos todos con ojos curiosos, y tenía razón: éramos distintos.



Me toqué la cresta, y supe enseguida que yo era gallina.

De pronto me vino una duda:

—¿Si somos distintos, no somos hermanos?

Mamá sonrió:

—Los hermanos, siempre son hermanos, aunque se hagan grandes y aunque sean distintos.

Ya estaba tranquila, y me era lo mismo ser gallo o gallina.

Mi madre nos dijo después que iba a darnos nombres.

—¿De qué sirve un nombre? —volví a preguntar.

—Sirve para que te llamen y acudas tú sola. Y sirve para que, si alguno se ha portado mal, nadie se confunda y castigue a otro. Además si te dan un nombre, solamente es tuyo.

—Yo quiero mi nombre, dámelo enseguida —grité entusiasmada.

—No seas impaciente, los gallos primero.

—¿Por qué?

—Porque ellos son machos.

—Pues vaya motivo. Lo echamos a suertes, y sanseacabó.

—Primero los gallos, y ¡sanseacabó! Y tú te quedas la última —me dijo mi madre, y les dio sus nombres a mis tres hermanos:

—Tú te llamarás Cresta Colorada. Tú, Espolón de Acero. Y tú, Pico-Fino.

Después se los dio a mis seis hermanas:

—Tú Cacaracá. Tú, Cocorocó. Tú Clacá. Tú Clacó. Tú Clacla. Y tú Clocló.

Yo estaba nerviosa. Eran nombres bobos. ¿Cuál me daría a mí?

Al fin me miró:

—Y tú, Picapón.

—¿Por qué Picapón?

—Tu nombre es perfecto. Y quiere decir, picar y poner. Eso es lo que hacen las buenas gallinas.

—Yo no quiero sólo picar y poner. Voy a hacer más cosas. No me gusta el nombre.

—Entonces no te doy ninguno. Búscatelo sola. Y si no lo encuentras, serás desnombrada.

No estaba dispuesta a ser desnombrada. Pensé lo mejor que supe, y encontré mi nombre:

—¡Ea!, ya lo tengo. Yo soy ¡Carolina!
—grité.

¡Qué cara de asombro pusieron todos mis hermanos!

—No es un nombre propio para una gallina —exclamó mi madre y arrugó la cresta.

—Pero a mí me gusta.

—Y ¿por qué te gusta?

—Ah, pues no lo sé. Las cosas que me gustan más, son sólo por golpes de gusto.

Otra vez mi madre arrugó la cresta, y busqué razones para convencerla:

—A mí me parece que si alguien tiene que llevar siempre el nombre puesto, le debe gustar.

Ella dudó unos momentos y luego me dijo:

—Quédate ese nombre. Eres tan tozuda que, si no te dejas, me volverás loca.

Pensé que no era tan malo ser una tozuda. Así, por lo menos, no me daban nombre de gallina boba.

Como estaba alegre, levanté las alas y grité: "¡victoria!"

Acudieron todos los del patio a ver qué pasaba.

Me subí en un banco, para estar más alta y di la noticia.



—Amigos, hoy es un gran día: soy una gallina, y ya tengo nombre. Si queréis llamarme, gritad, "¡Carolina!"

Después, mis hermanos dijeron también cómo se llamaban. Cuando terminaron, todos los del patio nos dieron felicitaciones. Y enseguida comenzó la fiesta de celebrar nombres.

Duró todo el día: charlamos, reímos, jugamos al corro, con mucho cuidado, para no pisar a ninguna hormiga. Pero, sobre todo, cantamos canciones con voces distintas.

Era para oírlo: trinaban los pájaros, los gatos maullaban, zumbaban las moscas, nosotros, gallos y gallinas, cacareábamos... Y algunos bichitos, que no tenían voces, cantaban por dentro. Por ejemplo, todas las hormigas, y las mariposas, y las mariquitas, y los caracoles.

El amigo perro dirigía el coro meneando el rabo.

Lo crean o no, resultó precioso.

6 POBRE PICO-FINO

UN día mi madre miró a Pico-Fino con sus ojos serios, y dijo:

—Pico-Fino, hijo, debes comer más. No has crecido mucho. Ya sabes qué ocurre si un gallo no es fuerte.

Mi hermano tembló. Los demás pusimos caras de estar asustados. Y mi madre dijo:

—Debes comer mucho.

Y desde ese día él comió y comió. Siempre le dejábamos los granos mejores, los tiernos, los dulces, y los más jugosos. Pero no crecía.

Todas las mañanas mi madre tocaba su cuerpo, y se daba cuenta que nunca engordaba. Miraba su cresta, y no era más roja, medía las plumas que tenía en la cola, y no eran más largas.

¡Pobre Pico-Fino!

Había que pensar en algún remedio:

—¿Y si le ponemos mil plumas de pájaro tapándole el cuerpo?

—Le estarán pequeñas, y, si sopla el viento, se le soltarán.

—¿Y si le pintamos la cresta de rojo?

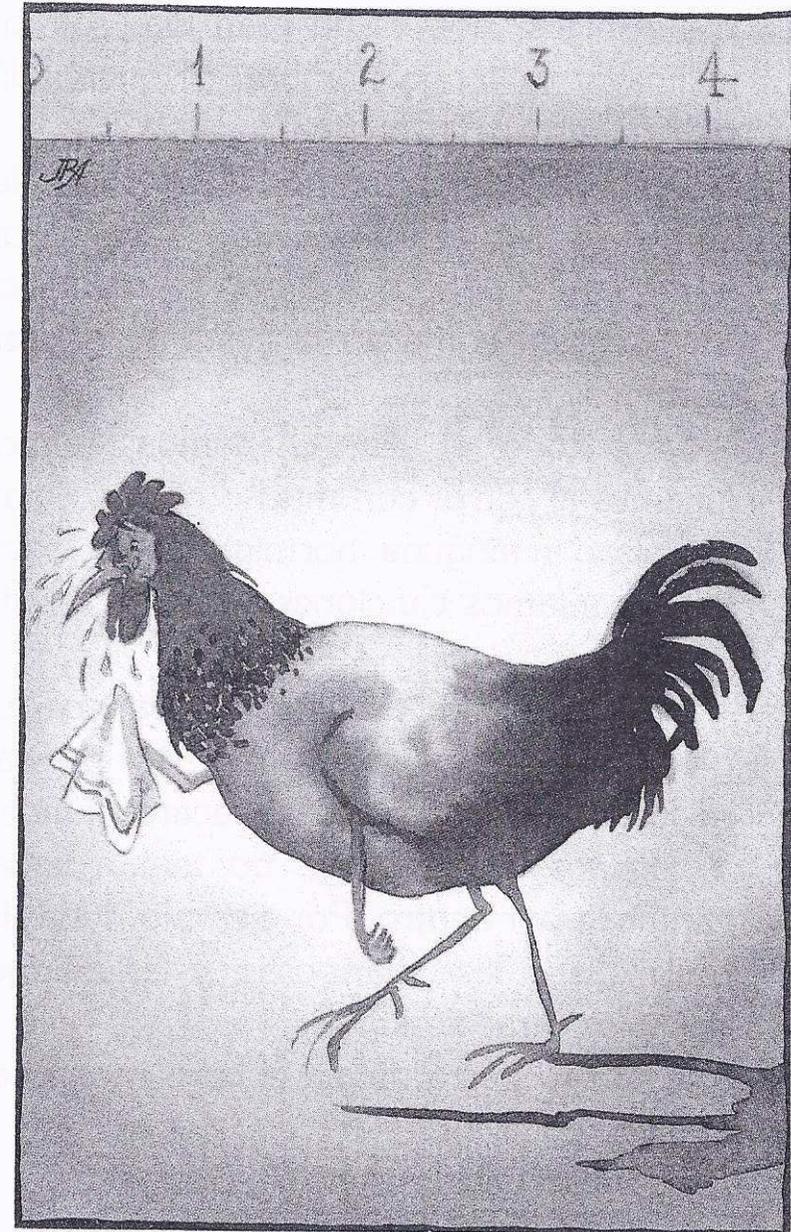
—Seguirá delgado y, con cola corta, además si llueve se desteñirá.

—¡Lo tengo! —grité—. Si soplamos todos dentro de su pico, se pondrá muy gordo. Y no encogerá, aunque llueva mucho o aunque sople el viento.

Soplamos, soplamos... Se llenó su buche, pero no engordó.

Estaba muy raro. Con el cuerpo chico, con el buche grande, con la cola corta y la cresta pálida.

Mi madre susurró: "no sirve", y luego lloró. Pico-Fino se puso las alas sobre la cabeza, se tapó los ojos y también lloró. Mis otros hermanos miraban con cara de pena. Pero yo pensé.



Piensa que te piensa, una idea venía y otra se marchaba. Me dolía la cresta de tantas ideas como la apretaban. De pronto, grité:

—¡Ya está! esta idea sí sirve.

Extendí las alas, las agité fuerte, y en unos segundos estaba subida encima del aire.

—Le enseño a volar y luego se escapa. La valla del patio no es alta —expliqué.

—Pero ¿y si no aprendo a subirme al aire? Es que soy muy torpe —dijo Pico-Fino con cara de miedo.

Tuve que reñirle:

—¡Que yo no te oiga decir que eres torpe!

—Pero soy delgado.

—Pues mucho mejor. Así pesas poco, y el aire te lleva sin ningún esfuerzo.

—¿A dónde me lleva?

—¿Y eso ahora qué importa?

—Pero ¿y si me pierdo? Mira, mejor no me escapo.

Tuve que enfadarme:

—¿Es que eres un bobo? ¿Quieres que te coman?

Se puso muy triste, y olvidé mi enfado. Pobre Pico-Fino, era un gallo débil, y además miedoso. Tenía que ayudarle.

—Anda, Pico-Fino, vamos a volar, es muy divertido —le dije con voz de quererlo mucho.

Empecé enseguida a darle lecciones. Primero de volar bajito, después de volar más alto. Y le fue gustando, y hasta se reía.

Volamos a todas las horas, sin pensar en nada que no fuera el aire.

Volar y volar. ¡Era emocionante!

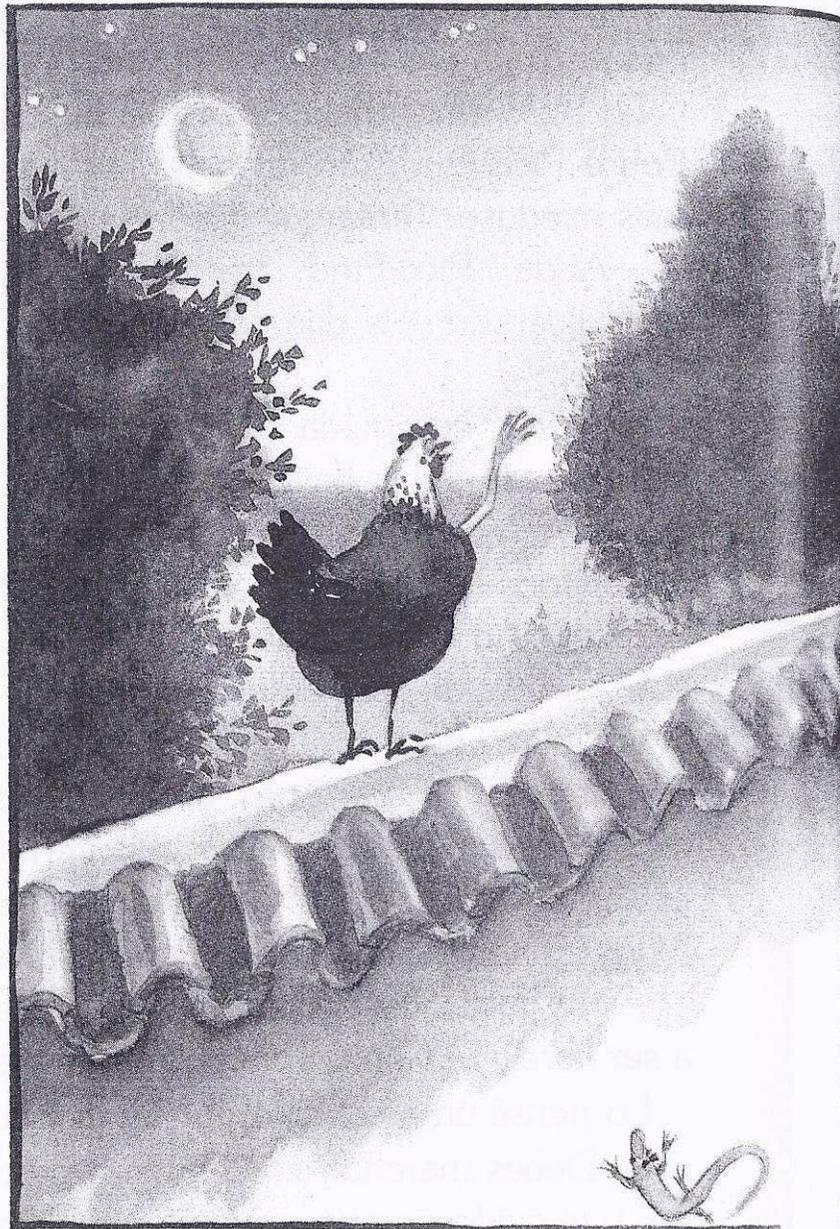
Volando, rozamos los árboles, hicimos carreras con los gorriones, y nos divertimos.

Un día subimos al muro que cerraba el patio. Miramos el campo, que estaba por fuera. Era enorme y verde, y no tenía vallas.

—Me gusta. Ya no tengo miedo. Me voy a ser libre ¿Te vienes conmigo? —me dijo.

Lo pensé un momento. Pero respondí:

—Debes marchar solo. Si me voy contigo, y te cuido siempre, nunca serás libre.



Juntamos
las alas. Nos
dimos un beso.
Él se echó a volar.

Yo lo vi alejarse, jugar con
el aire, posarse en un árbol, levantar un ala
diciéndome adiós, y seguir volando. Iba ale-
gre y libre.

—Pobre Pico-Fino, lo matará un zorro.
Suspiró mi madre.

—No lo matará. Vivirá a su gusto. Volará
muy alto, y algún día será el rey de los pája-
ros —dije.

Después los demás hermanos seguimos creciendo. Y cuando acabamos de crecer del todo, también tuvimos que irnos. Pero no hacia el campo, como Pico-Fino, sino al gallinero.

Dejamos el cesto forrado de paja en el que nacimos. Dejamos el patio. Dejamos los árboles, grandes y pequeños, los bancos sentados, y la fuente alegre, y el polvo molido, y también la hierba vestida de verde.

Lo dejamos todo. Yo sentía por dentro un nudo de pena. Hacía mucho daño.

Cuando amigo Perro me alargó su pata para despedirse, se me fue una lágrima. Él me la secó con su rabo largo.

—Anda, no estés triste. Iré a visitarte. Anda, de recuerdo, dame una sonrisa —me dijo.

Yo se la entregué con mucho trabajo. Él se la guardó, con mucho cuidado, dentro de sus lanas, a un lado del pecho.

7

EN EL GALLINERO

NUESTRO gallinero era como un patio. Pero sucio y feo. Sin flores ni hierbas chiquitas vestidas de verde.

La valla que lo rodeaba no era una pared pintada de blanco. Era una alambrada con mil agujeros.

Aquel gallinero parecía una cárcel. Yo no quería entrar. La mujer granjera me empujó hacia dentro, y yo le grité mi peor insulto.

En el gallinero estaba furiosa. También asustada. Arrugué la cresta y agaché la cola. Mis alas rozaban el suelo, y cerré los ojos. En una palabra, era una gallina que había perdido los ánimos.

Y de pronto, algo me rozó las plumas. Fue como una caricia caliente y suave.

Miré hacia lo alto: ¡Allí estaba el sol! redondón y grande, con melena suelta y cara amarilla. Y se sonreía.

Entorné los ojos, y los puse así, en forma de raya. Y se llenó el aire de luces pequeñas, de todos colores.

Pensé: "Carolina, si el sol está aquí, no será mal sitio."

Empiné la cresta, levanté las alas, me peiné las plumas y busqué los ánimos que tenía perdidos.

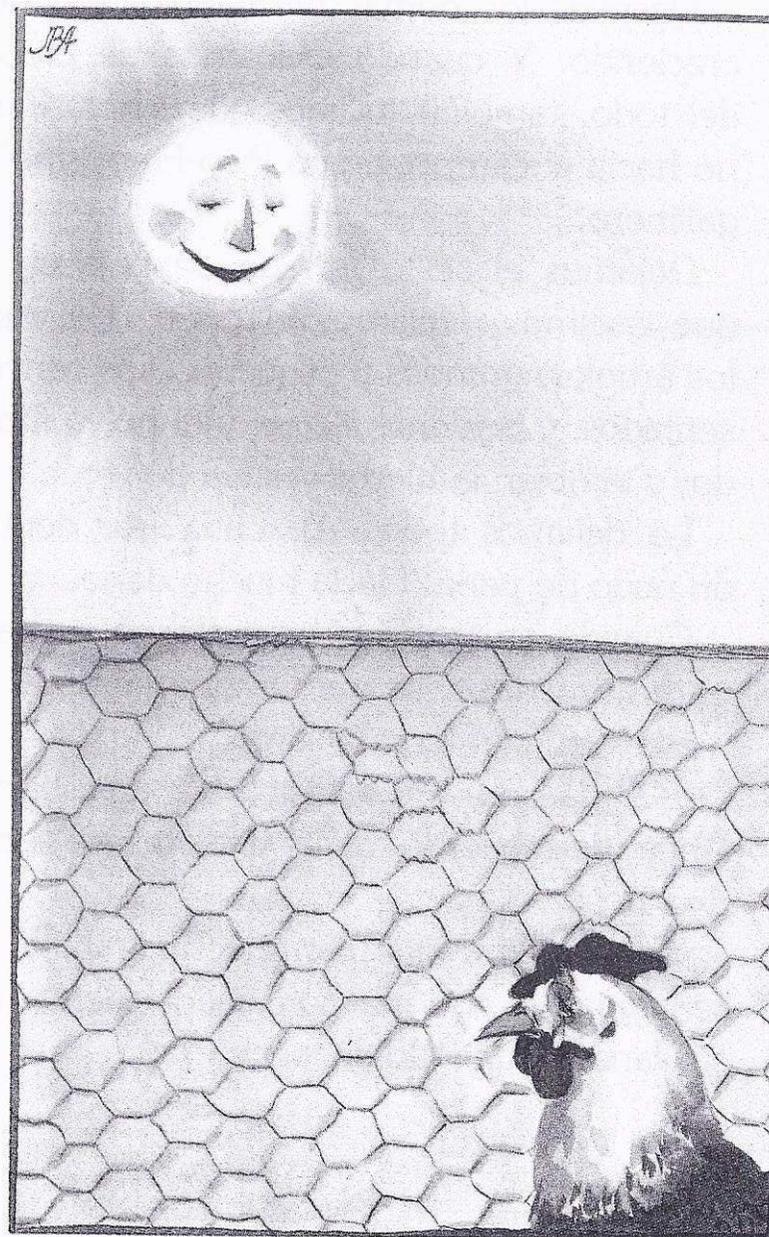
Y también busqué más cosas alegres: Vi un árbol que tenía las ramas abiertas y largas, y las hojas verdes y brillantes.

¡Qué bonito era! Antes yo no lo había visto. ¿Cómo podía ser, si estaba allí mismo?

¡Ay, señor! Qué cosas se pierde la gente cuando está sin ánimos.

Como quería ver las hojas de cerca, agité las alas y ¡zas!, en unos segundos Carolina estaba en las ramas.

Entonces se armó el alboroto: gallinas corriendo, con ojos de espanto, alas tem-



blorosas y picos abiertos. Gritaban: ¿Qué ocurre?

Eso decía yo: ¿Qué les ocurría?

De pronto se callaron todas. Las miré asombrada. Ellas también miraban. ¿Qué me mirarían?

Al fin habló una gallina con el pico largo y ojos enfadados.

—Volar es cosa de pájaros. ¿Qué haces ahí subida?

—Los vuelos de toda gallina fina y educada son bajos y cortos —dijo otra muy curiosa que tenía voz de estar resfriada.

Y una, de cuello pelado y cara de enferma incurable, añadió:

—¡Qué susto me has dado! por dentro oigo el taca-taca de mi corazón. Me parece que me va a estallar.

Por si le estallaba, me subí a una rama que estaba más alta.

Las miré sin poder creerlo: vaya un guirigay que habían formado por una bobada.

Entonces llegaron los gallos; gritaban:

—¡Bájate, gallina!

¿Qué se habían creído?

—Si queréis que baje, decid: "Por favor, baja, Carolina".

¡Qué caras pusieron! Sus plumas, que eran todas negras, se volvieron rojas por estar rabiosos.

Los dos daban saltos de pelota loca. Querían alcanzarme. No sé si al final lo habrían conseguido, porque se marcharon con las mismas prisas con que habían venido. El motivo era un nuevo alboroto.

Otra vez gallos y gallinas corrían como galgos. ¿Ahora qué pasaba?

Pasaba que llegó la mujer granjera con un cesto grande lleno de comida.

Subida en el árbol, yo vi muchas cosas que no me gustaron:

Vi que las gallinas fuertes y orgullosas ocupaban los mejores puestos.

Vi a mis ocho hermanos empujar a los que había cerca. Vi que unas gallinas picaban las crestas de otras. Y vi que había algunas enfermas y viejas que no tenían sitio, y no comían nada.

Cuando terminaron, me bajé del árbol. Como imaginaba, el cesto del grano estaba vacío.

Miré a las gallinas. Las fuertes tenían el buche tan lleno que ya no podían ni cerrar el pico. En cambio las débiles tenían en el buche solamente aire.

Yo estaba indignada. Grité con voz de tormenta:

—¡Oídme, gallinas!: Sois unas glotonas, vosotras estalláis de gordas y algunas se mueren de hambre. ¡No es justo!

Me picaron todas las que habían comido. Las otras miraban al suelo, y no decían nada. Es que tenían miedo.

Yo volé hacia el árbol. Llevaba las plumas partidas y la cresta hinchada.

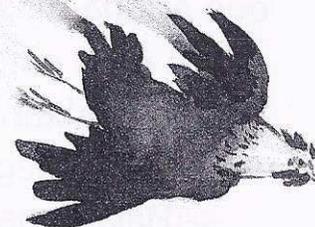
"Carolina, esto no se queda así, hay que hacer justicia". Pensé.

Se me ocurrió un plan. Al oscurecer bajé de las ramas, sin hacer ruido, llamé a las gallinas débiles o viejas, y se lo conté, con mucho secreto.

—Estad preparadas. Mañana lo hacemos —les dije.

Al día siguiente llegó la mujer granjera a llevar comida. Extendí las alas y volé muy alto, graznando con voz de cuervo furioso. Todas las gallinas fuertes y orgullosas miraban con ojos de miedo asombrado, y mientras, las débiles se comían el grano.

Después volé bajo, rozando plumas de gallinas fuertes y asustadas. Y luego caí, igual que una flecha, en medio de ellas, gritando : "¡Justicia!"



Escaparon todas pidiendo socorro.

Repetí mi plan varios días seguidos. Ellas siempre se asustaban. Después me querían picar. Pero yo me subía al árbol. Nunca me alcanzaron.

Al fin hubo acuerdo: Grano para todos, y no picar crestas ni picar a nadie.

Hicimos justicia, aunque por la fuerza.

8 UNA CASA BLANCA

EN el gallinero se alzaba una casa pintada de blanco. Por la noche era el dormitorio. De día era el ponedero. Se llamaba así porque había niales en los que sentarse para poner huevos. Las gallinas jóvenes que aún no tenían puesto su huevo primero, no podían entrar en aquella casa cuando era de día.

Yo no lo había puesto. Pero soy curiosa por naturaleza, y un día empujé la puerta y asomé la cresta.

Vi varias gallinas, grandes y orgullosas, que estaban sentadas. Tenían cara de aburridas.

Quise saludarlas para entretenerlas. Pero se enfadaron.

—Nos distraes, estúpida —gritaron en cuanto abrí el pico.

Mi madre me dijo:

—Carolina esas son gallinas fuertes e importantes, que ponen sus huevos siete días seguidos. No hay que molestarlas. Están trabajando.

—Y ¿cuándo descansan?

—No descansan nunca.

—Entonces ¿qué hacen?

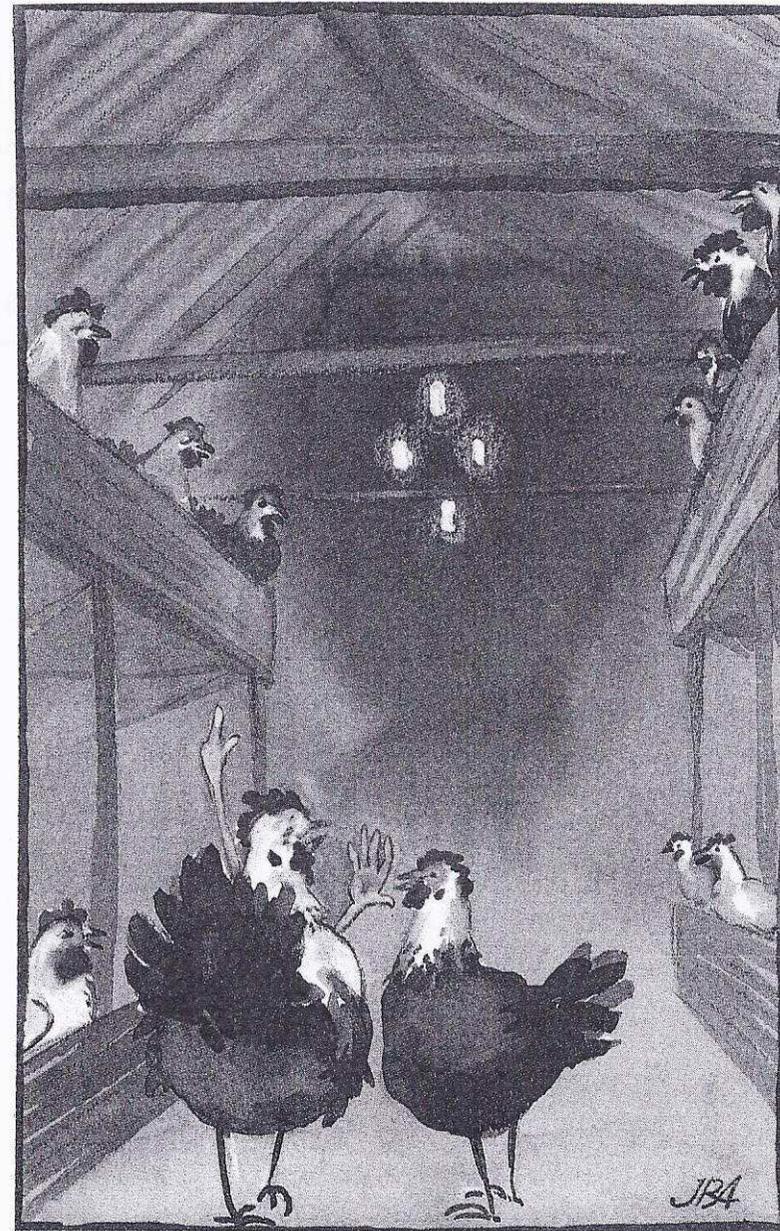
—Comer, preparar los huevos dentro de la tripa, y luego ponerlos.

—Y ¿cuándo se echan a tomar el sol? Y ¿cuándo se fijan que en el aire hay puntos de muchos colores, o miran las hojas verdes y brillantes que adornan el árbol?

—¡Nunca! —respondió mi madre y sonó terrible.

—¿Todas las gallinas tienen que pasarse la semana entera preparando huevos?
—pregunté asustada.

—Sólo las mejores. Algunas ponen seis días seguidos y descansan uno. Otras



ponen cinco. Y las que son vagas o las que son torpes ponen cuatro huevos en una semana.

—¿Y éstas se divierten?

—De ninguna forma. Se pasan el tiempo tristes y envidiosas.

"Qué vida tan mala la del gallinero. Ninguno está alegre" —pensé.

Mi madre añadió:

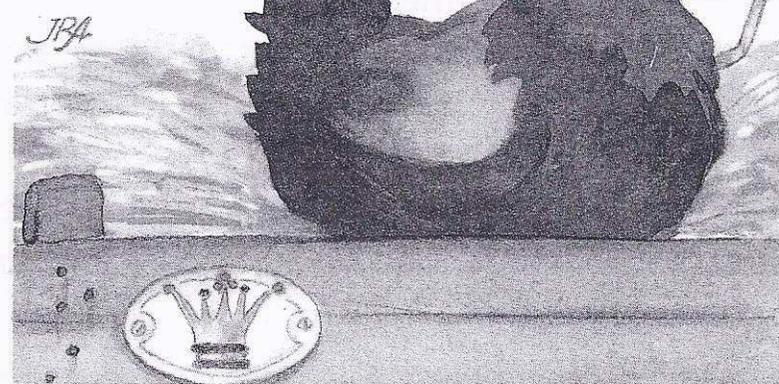
—Mira, Carolina, eres fuerte y lista. Tú podrás poner siete huevos grandes en una semana, uno cada día. Serás importante. Y hasta puede ser que llegues a lo que ha llegado sólo una gallina: a poner dos huevos al día, ¿oyes, Carolina? ¡Dos huevos diarios! Yo estaría orgullosa si tú los pusieras.

Me tembló la cresta. ¡Señor, qué trabajo! Iba a protestar, y no me dio tiempo. Mi madre me cogió del ala y abrió una rendija en el ponedero:

—Mírala, esa es la gallina que pone dos huevos al día —susurró en mi oído.

La miré y la vi. Tenía cresta de orgullosa y ojos de importante. Y también tenía el

pico entreabierto, como si se ahogara, y el cuerpo encogido, de hacer tanto esfuerzo.



—Pues ahora quiere poner tres huevos al día. Si llega a ponerlos, la van a nombrar gallina excelente —añadió mi madre.

Me quedé sin habla.

—¿Qué piensas? —preguntó mi madre.

Me parecía a mí que lo que pensaba no iba a gustarle. Pero ella insistía:

—¿Qué piensas?

—Pues pienso que no quiero ser gallina de poner siete días seguidos. Ni seis, ni cinco, ni siquiera cuatro. Yo voy a poner tres huevos en una semana. Un día pongo

uno, el otro descanso, y el domingo lo tomo de fiesta.

—Carolina, ¿estás bromeando? —preguntó mi madre con voz asombrada.

—No estoy bromeando.

—Carolina, hija, la mujer granjera nos deja la casa y nos da comida. Nosotras pagamos haciéndole huevos.

—A mí me parece que haciendo tres huevos, lo pagamos todo, y aún nos sobra un poco.

—Carolina, hija, no es sólo por eso. En nuestra familia hemos puesto siempre un huevo diario. Si tú no lo pones, todas mis amigas tendrán cotilleos cuando yo no esté y no pueda oírlas.

—Pues si no las oyes, no te importará.

—¡Carolina! me sacas de quicio —me gritó furiosa. Después se calmó, y juntó las alas, como suplicando.

—Carolina, piénsalo mejor. Serás mi vergüenza. Vas a deshonorarnos.

—Lo he pensado ya. Yo quiero volar y ver las cosas bonitas que hay por el mundo,

y quiero cantar, charlar, divertirme y tener amigos. Así es imposible, no me queda tiempo para poner tanto.

A mi madre le temblaba el pico, las alas y todas las plumas.

Me dio pena verla disgustada:

—Mamá no estés triste. Los huevos que ponga, los haré con mucho cuidado. Me saldrán perfectos. Te van a gustar —le dije.

Ella me volvió la espalda sin decirme nada. Entonces oímos los gritos:

—"¡Lo ha puesto!" "¡Lo ha puesto!" "¡Gallina excelente!" "¡Que salga!"

Y salió, con aires de reina y ojos de sueño, la gallina que puso por fin tres huevos diarios.

—Lo conseguí —dijo, y cayó redonda.

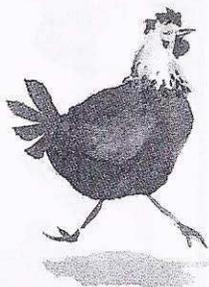
Estaba dormida, pero para siempre.

Las otras gallinas gritaron: "¡Oh, qué gran desgracia!" "¡Qué triste accidente!" Y después bajaron las crestas en señal de luto. Pero entonces llegó la granjera a llevar el grano, y corrieron todas a buscar buen sitio (en el comedero).

Y se quedó sola la gallina que puso tres huevos al día. Le arreglé las plumas que tenía revueltas y me fui pensando que era una bobada tener que estar muerta para que las otras dijeran "gallina excelente" y luego se fueran sin volver la cara.

Y sucedió entonces: me dolía la tripa, algo me apretaba, y me sentía extraña. Lo supe enseguida, ¡era el primer huevo!

Lo puse despacio, con mucho cuidado. Me salió perfecto.



9 EL MARQUÉS

EN el gallinero había cuatro gallos. Dos que ya eran grandes y mis dos hermanos.

Los grandes, estaban siempre organizando: vigilaban por si había peligros. Le decían "¡paz!" a cada gallina que se peleaba. "¡A dormir!", gritaban cuando el sol se iba. Cuando el sol salía, gritaban: "¡Todo el mundo arriba...!"

En fin, eran cosas de poca importancia. No daban la lata. Y así se sentían felices.

Pero un día llegó al gallinero un gallo distinto. Tenía las plumas del cuerpo rojas y brillantes. Las del cuello suaves y doradas. Y las de la cola, igual que la seda, de muchos colores.

Marchaba orgulloso, sin mirar a nadie. Llevaba la cresta tiesa y empinada, como una corona. Parecía un marqués.

Al verlo, todas las gallinas pusieron los ojos en blanco, y exclamaron: "¡Oh!"; después le siguieron como hipnotizadas.

Él dijo de pronto:

—Ahora me apetece un grano de trigo. Me muero de hambre.

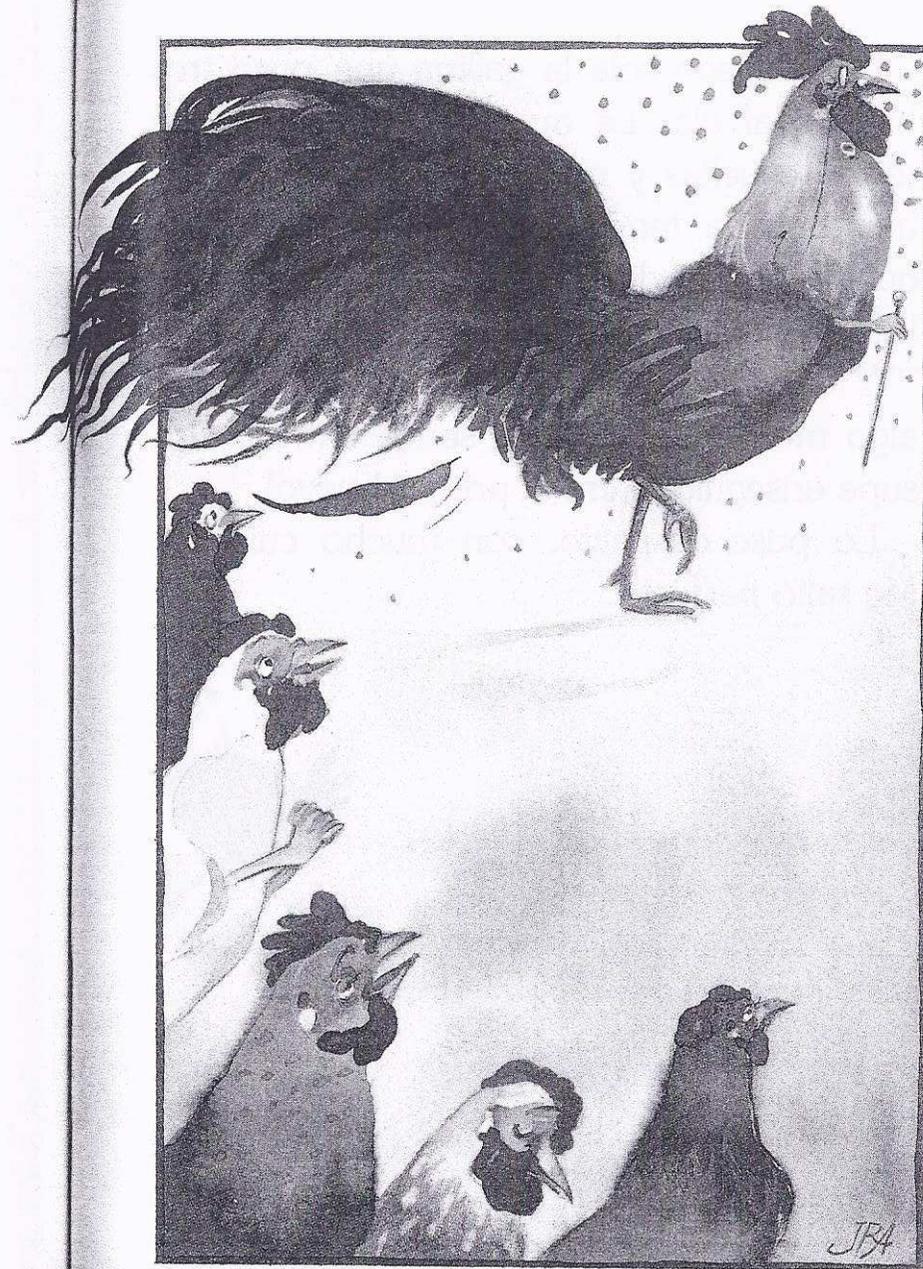
Todas las gallinas corrieron a buscarle trigo.

Él dijo después:

—¡Ay! Lo que de verdad me apetece ahora es ese trocito de maíz dorado que brilla en el barro. ¡Ay! pero yo no puedo mancharme las patas. Soy muy aseado. Todas las gallinas mancharon sus patas y se pelearon por poder llevárselo. Y luego quería... lo quería todo. Era un caprichoso.

Yo no me moví. Porque no pensaba tomarme trabajos por un gallo vago y presumido, aunque fuera guapo.

Pasaron los días. Todo siguió igual. Y me daba rabia ver gallinas necias.



—¿Qué tiene el Marqués que no tengan los otros dos gallos? —pregunté.

—¿Qué tiene? ¿Es que no lo ves? Pues ellos son negros y corrientes, de lo más vulgar. En cambio, el Marqués es guapo, elegante, fuerte, divertido, y además valiente.

—Y ¿por qué es valiente? ¿Cómo lo sabéis?

—Él mismo lo ha dicho, no conoce el miedo.

Pues conocía el miedo, y no era valiente. Porque sucedió que una noche la zorra llegó al gallinero. Removió la tierra. Hizo un gran boquete bajo la alambrada y se metió en casa.

—¡Alerta, gallinas, tenemos peligro!
—gritó un gallo negro.

—¡Tranquilas, gallinas, que os defendemos!
—gritó el otro gallo.

Y hasta mis hermanos, que eran todavía gallos aprendices, gritaron: "Os defendemos."

—¡Sálvese quien pueda!
—gritaba el Marqués, corriendo hacia el árbol.

Y fue algo curioso: él, que era tan vago, se subió a las ramas en un periquete.

También las gallinas buscaban refugio con cara de espanto. Pero las detuve.

—¡Gallinas!, ésta es nuestra casa, hay que defenderla. ¡Gallinas!, si tenemos picos igual que los gallos, debemos usarlos lo mismo que ellos. ¡Gallinas! si hay guerra, vamos a la guerra.



Y luchamos, valientes y juntos, gallinas y gallos. La zorra se dio por vencida y se quedó sin cena. Al verla correr, gritamos de júbilo. Para mi sorpresa el grito más fuerte llegó desde el árbol.

—¡Te vencimos, zorra! Somos estupendos —decía el Marqués.

Y bajó del árbol, con la cresta alta y ojos orgullosos. Cantaba: "¡Victoria!"

Lo miramos todos con cara de asombro.

—¿Dónde estabas tú cuando peleábamos? —pregunté irritada.

—¿Dónde podía estar? Soy un general. Dirigía la lucha subido en el árbol. Es el mejor sitio para dar las órdenes. Con mis voces altas gané la batalla, y asusté a la zorra.

Todas las gallinas pusieron los ojos en blanco y exclamaron "¡oh!"

Después aplaudieron.

—Es cierto. Él nos dirigió y asustó a la zorra. Ganó la batalla. ¡Viva nuestro general!

No pude aguantar tanta estupidez y grité furiosa:

—¡Gallinas! sois necias. ¡Gallo! tú eres holgazán, vanidoso, y además, cobarde.

Todas las gallinas me miraban con ojos de fuego. Si no escapó pronto, me hubieran asado.

Pero para algo sirven mis dos alas: en medio segundo estaba en el árbol.

—Si bajas de ahí ya puedes decirle adiós a tus plumas. Te las quitaremos sin dejarte una —gritaron furiosas.

Como les tenía cariño a todas mis plumas, me quedé en lo alto.

10 MENTIRAS

EL Marqués, además de ser cobarde, vago, y vanidoso, era un embustero.

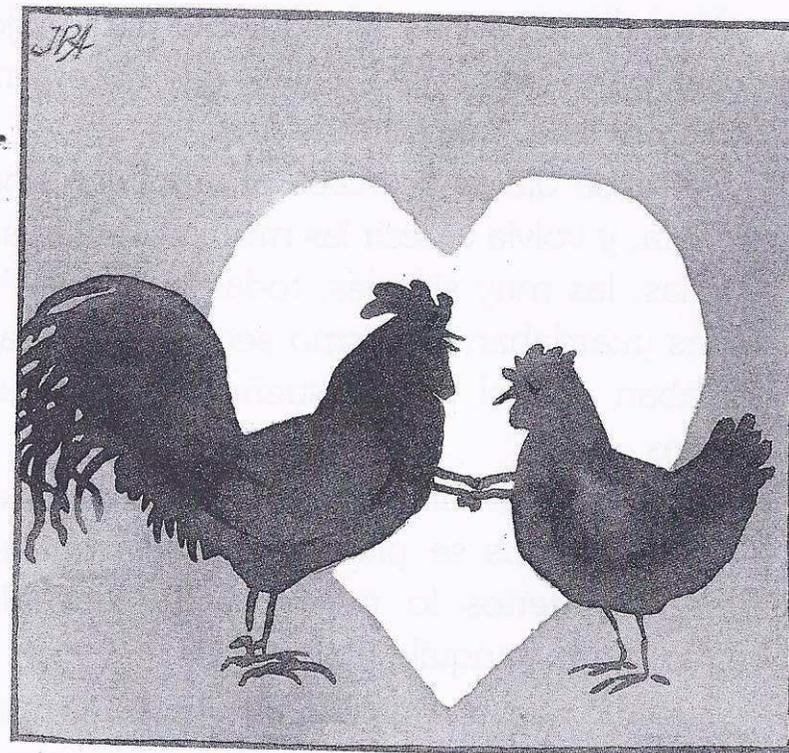
Escuché todas sus mentiras porque las decía debajo del árbol, sentado a la sombra. Olvidaba que yo estaba arriba.

La primera vez llegó con una gallina que andaba muy tiesa, porque se creía guapa y elegante.

—Te quiero a ti sola. Eres la gallina más guapa del mundo —le dijo.

—¿De verdad me quieres?

—Mira, te lo juro. Está decidido, me caso contigo. Tú serás marquesa. Si miento, que pierda mis plumas. Pero no lo digas, porque es un secreto.



Al día siguiente escuché asombrada lo que le decía a otra gallina que presumía mucho, porque se creía que era inteligente:

—Te quiero. Tú eres la gallina más lista del mundo.

—¿De verdad me quieres?

—Mira, te lo juro. Está decidido, me caso contigo. Tú serás marquesa. Si miento, que pierda mis plumas. Pero no lo digas, porque es un secreto.

Y al día siguiente del siguiente día le dijo cosas parecidas a una gallina que no era ni guapa ni lista, pero sí muy fina.

Así cada día se acercaba al árbol con una distinta, y volvía a decir las mismas mentiras.

Ellas, las muy simples, todas le creían. Y todas guardaban el mismo secreto. Y todas soñaban con el mismo sueño: serían marquesas.

Pero las mentiras suelen descubrirse el día que menos se piensa. Y el día que el Marqués menos lo pensaba, fue uno de mayo, azul, tranquilo y alegre.

Sucedió que una gallina muy joven y muy charlatana se acercó a su amiga:

—Mira, si sabes callar, te digo un secreto.

—¿Por quién me has tomado? Nunca cotilleo.

—Entonces escucha: voy a ser marquesa.

Su amiga la miró con ojos inquietos:

—¿Qué quieres decir?

—Pues quiero decir que el Marqués y yo vamos a casarnos. Él me lo ha jurado.

Su amiga gritó enfurecida, y picó su cresta:

—¡Mientes, embustera! Me lo juró a mí.

—Pero si me ha dicho que ya soy su novia —protestó la gallina joven.

—Su novia soy yo. "Que pierda mis plumas si miento" —me dijo.

Al oír los gritos, llegó una gallina que tenía fama de ser muy pacífica y muy educada.

—Por favor, ¿qué ocurre? —preguntó sin alzar la voz.

—¡Es una embustera!

—Ella es la que miente.

—Es ella que quiere quitarme mi novio.

—No es su novio, es mío.

—¡Señor! qué barullo. Habladme despacio, que no entiendo nada.

—Me dijo el Marqués que me quería siempre, y sería marquesa.

—¡Me lo dijo a mí!

La gallina mansa gritó de repente con voz de loca furiosa.

—¡Mentira! No os quiere a ninguna. Él me quiere a mí.

Y gritó tan alto que llegaron las otras gallinas. Y cuando entendieron lo que sucedía, gritaron también:

—¡Mentira!" "¡Me quiere a mí sola!" "¡Yo seré marquesa!" "¡Lo juró por todas sus plumas!"

Perdí la paciencia al verlas tan bobas:

—¡Gallinas!, dejad de ser necias. Pensad y comprenderéis que os engañó a todas —grité desde el árbol.

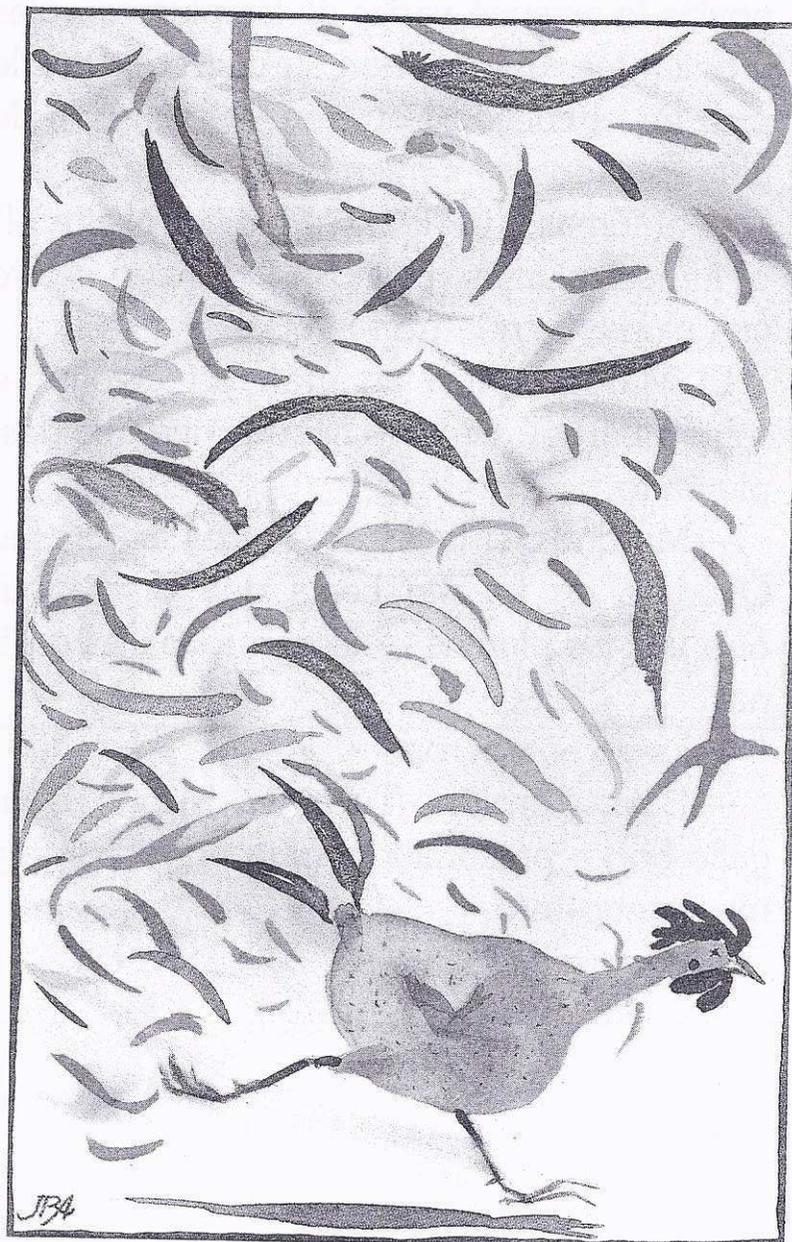
Pensaron. Después comprendieron que el guapo Marqués era un gallo vago, presumido y muy embustero.

"Si le gusta el trigo que vaya a buscarlo". "Si quiere maíz, que manche sus patas". "Y si se le antoja una hoja de col o lechuga fresca, que vaya por ellas..."

Éstas y más cosas decían las gallinas, antes de marchar con picos abiertos y caras furiosas"

—¿Dónde estás Marqués? —gritaban a coro.

El Marqués, al verlas, corrió con cara de espanto. Pero lo alcanzaron. Una de sus



novias le arrancó varias de las plumas, rojas y brillantes, que cubrían su cuerpo. Otra le picó en el cuello, y otra en la larga cola de plumas sedosas. Y mientras gritaban:

—¡Plumas a volar...!" ¡Plumitas al aire...!"
"¡Plumas, plumas, plumas...!" ¿Quién quiere una pluma de nuestro Marqués?"

El Marqués hizo un gran esfuerzo y se subió al árbol. Cuando llegó arriba, iba desplumado.

—Marqués, si bajas, te quedas sin cresta. Quédate en lo alto hasta que te crezcan otra vez las plumas —dijeron todas las gallinas.

Y luego añadieron:

—Baja, Carolina. Tú tenías razón. Es un gallo bobo, presumido, holgazán, cobarde y muy embustero.

11

EL CASTIGO DEL MARQUÉS

LO que son las cosas, me dio pena ver al Marqués subido en el árbol, con la cresta baja y el cuerpo pelado. Estaba muerto de vergüenza. Confieso que siempre he tenido el corazón tierno. Por eso, pedí a las gallinas que lo perdonaran. Pero ellas dijeron que el castigo lo había merecido:

—Mira, Carolina, es un embustero. Nos engañó a todas.

—A mí me parece que está arrepentido —les dije.

—Yo no lo perdono. Me puso en ridículo.

—Ni tampoco yo, pues perdí mi tiempo.

—Y yo mucho menos. Odio las mentiras.

—Carolina, no te comprendemos. Antes lo insultabas, y ahora lo defiendes.

—Tengo mis razones: antes era guapo y presumido, y ahora está sin plumas y no tiene amigos —les dije.

Ellas se rieron:

—Es verdad, ahora está pelado. Me muero de risa siempre que lo veo.

—Es como un fantasma que perdió su sábana un día de viento.

—¡Un Marqués desnudo! Parece una burla.

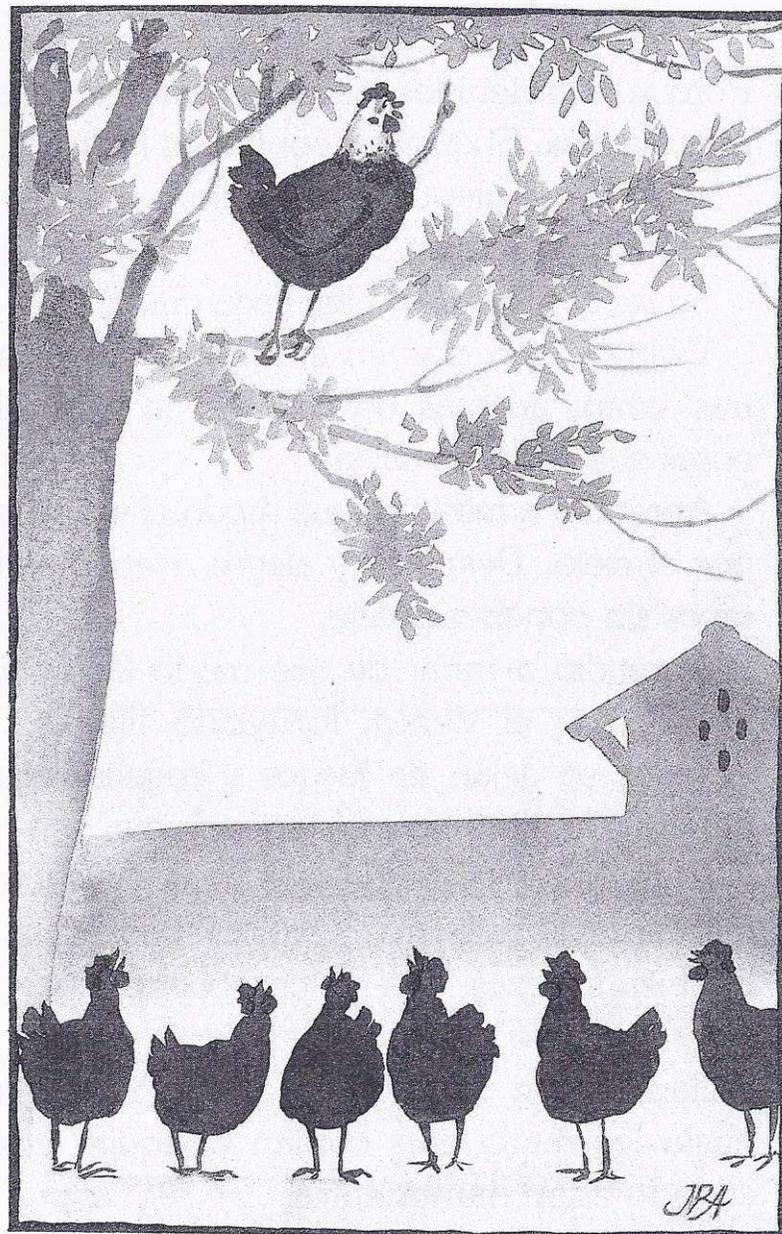
—Anda, Carolina, vente con nosotras a ver al Marqués. Vamos a reírnos.

Pues no iba a reírme. Yo siempre discuto con los que presumen. Pero no me río cuando están vencidos.

En fin, como dije antes, me dio pena ver al Marqués solo, triste y aburrido. Pensé que necesitaba tener un amigo, por eso volé otra vez al árbol.

El Marqués no quería mirarme. Era por vergüenza.

—Escucha —le dije— cuando pase el tiempo, crecerán tus plumas.



—El tiempo es muy largo.

—Yo pensaré algo para entretenerte. Porque entretenidos las cosas difíciles pasan más deprisa. Si quieres, contamos historias.

—Yo no sé ninguna —me dijo.

—Pero yo sé cien.

Se las conté todas. Una cada día.

Vivimos cien días en el árbol. Pero mientras tanto, además de cuentos, él aprendió cosas que antes no sabía.

Aprendió a mirar de qué modo el sol pasea por el cielo. Despacio y alegre. Repartiendo rayos sin ponerles precio.

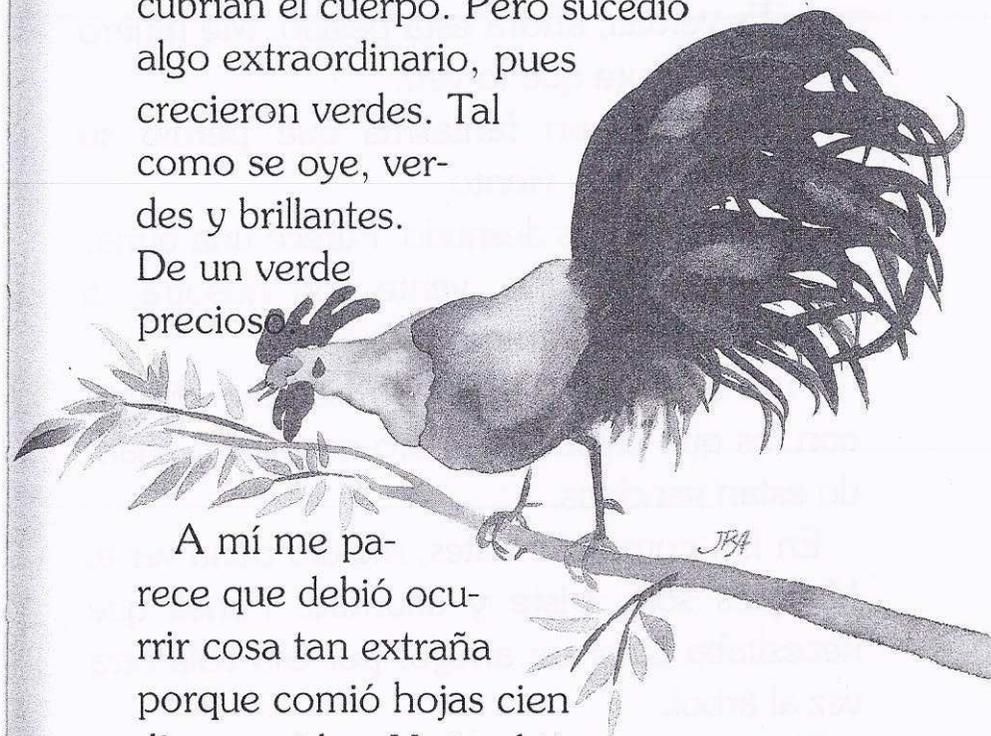
Aprendió a mirar de qué modo las nubes juegan con el viento, formando figuras. Y después se dejan de juegos y regalan agua para que la tierra no esté tan sedienta.

Aprendió a mirar de qué modo viven las gallinas en el gallinero. Y vio que había risas y también tristezas, días malos y buenos.

Y aprendió a comer las hojas verdes y brillantes que le daba el árbol. Y es que hasta los marqueses comen cualquier cosa cuando están hambrientos.

En fin, pasaron cien días, y crecieron todas, sí, todas sus plumas. Las largas que tenía en la cola y parecían seda de muchos colores. Y las pequeñas, suaves y doradas, que tenía en el cuello.

Y también crecieron las plumas que cubrían el cuerpo. Pero sucedió algo extraordinario, pues crecieron verdes. Tal como se oye, verdes y brillantes. De un verde precioso.



A mí me parece que debió ocurrir cosa tan extraña porque comió hojas cien días seguidos. Yo también comí. Pero no fue igual: él era, por naturaleza, un gallo elegante, y yo una gallina de lo más corriente.

Lo miré tres veces para convencerme de que no soñaba. Y estaba segura: tenía plumas verdes.

—Marqués, a mí me parece que te has vuelto rey —le dije.

—No quiero ser rey. Ya tengo bastante con ser un marqués. Y a veces hasta me parece que me gustaría ser un gallo negro.

—No puedes. Tampoco, yo puedo tener plumas verdes; de todas maneras, Marqués, lo que importa es cómo se es por dentro.

—Quizás, Carolina, por dentro tú tengas las tripas de un verde brillante —me dijo con cara de risa.

—Escucha, Marqués nunca me han gustado los gallos graciosos. Las cosas de dentro son las que se piensan y las que se sienten.

—Lo sé, Carolina, sólo era una broma. ¿Sabes lo que pienso?

—¿Qué piensas?

—Pienso que eres estupenda por fuera y por dentro.

12

EL FINAL DE LA HISTORIA

EL Marqués ya tenía sus plumas. Por tanto llegaba la hora de bajar del árbol. Pero antes me dijo:

—Carolina, yo preferiría quedarme aquí arriba.

—Marqués, el mundo está abajo. En él tenemos amigos. Hay que trabajar, volar, divertirse... También ayudar en lo que haga falta.

Bajó la cabeza con ojos de pena.

Para darle ánimos, alargué mi ala y cogí la suya. Y después volamos con un mismo vuelo, y juntos llegamos al suelo.

Todas las gallinas corrieron a vernos.

El Marqués estaba tan guapo y tan ele-

gante, que ellas otra vez pusieron los ojos en blanco.

"¡Oh!" dijeron a coro.

—Marqués, siempre te he querido —exclamó enseguida la gallina alta y estirada que se creía guapa.

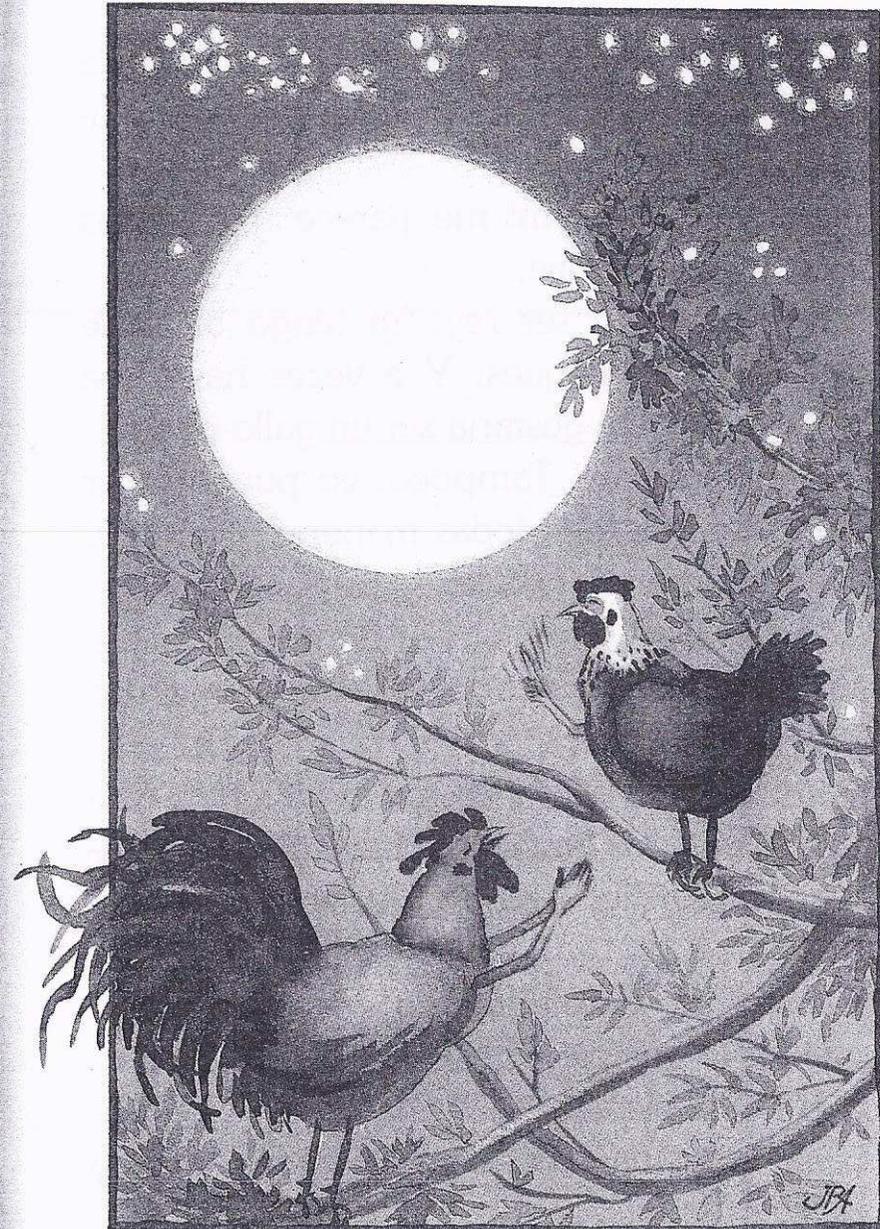
—Marqués, yo también te quiero —dijo la gallina que se creía lista.

—Te quise, te quiero y te querré siempre —añadió la gallina fina y educada.

Y todas las otras tuvieron también algo que decir. Pero él respondió:

—Quiero a Carolina. Está decidido. Me caso con ella. Y luego añadió mirándome a mí.

—Carolina, tu serás marquesa. Mira, desde ahora te voy a cuidar. Te buscaré granos de trigo dorado, te daré las hojas más tiernas que tenga la col, y lechuga fresca, y maíz jugoso, aunque esté en el barro. Y cada mañana, cuando salga el sol, entonaré el canto de la despertada sólo para ti. Te quiero. Mira, te lo juro. Si miento, que pierda mis plumas.



—Escucha, Marqués, cuida bien tus plumas que las necesitas. Y mira, no quiero casarme contigo —le dije.

Él se asombró un poco. Es que todavía era algo vanidoso.

—¿Entonces qué quieres? —me dijo.

—Quiero ser tu amiga. Y atiende, yo puedo cuidarme, y buscar maíz, y granos de trigo, y lechuga fresca, y cada mañana, cuando salga el sol, ¿sabes lo que quiero?

—¿Qué quieres?

—Que cierres el pico, porque también puedo despertarme sola.

El dudó un momento y después me dijo:

—Muy bien, Carolina, no nos casaremos y también cuida de ti misma. Pero cada día, cuando salga el sol, cantaré bien alto para despertarte. Porque las gallinas sois tan dormilonas que el sueño se acuesta sobre vuestras crestas, y nunca se marcha si alguien no lo echa.

Yo me sonreí:

—Espera a mañana —susurré con voz misteriosa. Y luego me dije a mí misma

hablando por dentro: "Carolina, mañana no va a ser un gallo quien despierte al sueño."

Cuando fue mañana, la luz de la luna, que es suave y brillante, comenzó a apagarse. Y luego la noche se fue retirando, muy poquito a poco, como de puntillas.

También muy poquito a poco el sol se asomó. Tenía la cara dorada y alegre.

Entonces comenzó mi canto. Primero en voz baja, porque daba pena despertar de golpe a los que dormían. Después se volvió más claro y más alto.

En el gallinero despertaron todos con ojos risueños y picos contentos.

—Carolina, tu canto ha sonado como una campana —me dijo el Marqués.

* * *

Pasaron los días. Y ahora yo vivo a mi gusto: vuelo por lo menos dos horas diarias. Me siento a tomar el sol, y entorno los ojos para ver luces de colores. Charlo, canto, río, o me vuelvo seria, según la oca-

sión. Pongo mis tres huevos en una semana, siempre con esmero, siempre muy bien hechos.

Durante las noches me subo a dormir al árbol, pues si me desvelo por la madrugada me gusta sentir los rayos de luna rozando mi cara. Y por las mañanas, cuando me despierto antes que los gallos, yo canto los cantos de las despertadas.

Me siento contenta porque tengo amigos. Son amigas mías algunas gallinas sencillas y amables. Yo las convencí para que pusieran los huevos con tranquilidad. Ahora, cantan, vuelan y viven contentas.

El Marqués también es mi amigo. Ya no es como antes: trabaja, busca su comida como todo el mundo, se mancha las patas, y aunque algunas veces todavía presume, no dice mentiras.

El mejor de todos es amigo Perro. Él nunca se olvida de venir a verme. Cuando veo su rabo junto a la alambrada, voy a recibirlo con la cresta alegre. Él me cuenta cosas, yo también le cuento. Él se queda

fuera. Yo me quedo dentro, pero estamos juntos. Y como los huecos de nuestra alambrada son todos redondos, todas las palabras nos salen redondas.

